

LA REVOLUCIÓN DE JESÚS

EL PROYECTO
DEL REINO DE DIOS

Bernardo Pérez Andreo

ACTUALIDAD ▲▼

Diseño: Estudio SM

© 2018, Bernardo Pérez Andreo

© 2018, PPC, Editorial y Distribuidora, S.A.

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

ppccedit@ppc-editorial.com

www.ppc-editorial.es

ISBN 978-84-288-3236-6

Depósito legal: M 3655-2018

Impreso en la UE / *Printed in EU*

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

*A Francisco Martínez Fresneda y Xabier Pikaza,
maestros de los que he aprendido qué es la revolución de Jesús
y amigos en este proyecto del Reino de Dios.*

*Al papa Francisco, que ha renovado el proyecto
del Reino de Dios volviendo al Evangelio sin glosa.*

INTRODUCCIÓN

A una revolución estamos llamados en los difíciles tiempos que nos ha tocado vivir. No se trata de una revolución al uso, que implica un simple cambio de modelo social, sino que es una revolución total que necesita tanto de lo personal como de lo social. Hasta hoy han fracasado todas las revoluciones emprendidas porque se quedaban en lo meramente estructural, en lo institucional, en lo social. De esta manera, las revoluciones no eran nada más que simples cambios de posición de los actores sociales. Dicho brevemente: los que estaban arriba pasan a estar abajo, y viceversa. Por eso fracasaron, porque no integraban lo personal, pues una revolución debe ser una transformación del corazón humano a la par que de la sociedad humana. Para que sea eficaz, una revolución debe incluir tanto lo personal como lo social, no solo lo social, como hasta ahora, ni solo lo personal, como opinan los reaccionarios, sobre todo los católicos. La verdadera salvación cristiana es un encuentro entre el don de Dios, la redención, y el esfuerzo humano, la liberación. Primero el don divino y luego el trabajo humano, los dos integrados. Esta es la revolución de Jesús, su proyecto del Reino de Dios: don de Dios, primero, y esfuerzo humano después. Redención y liberación como los dos elementos nucleares del proyecto salvífico de Jesús.

Hace ahora ocho años publiqué un libro sobre Jesús de Nazaret; lo titulé *Descodificando a Jesús de Nazaret*. El título viene dado del hecho incontrovertible de que hemos perdido, como sociedad, los códigos que permiten comprender

a un hombre del siglo I de nuestra era, la que empieza precisamente con Jesús. Es imposible que con la simple lectura de unos textos tan antiguos como los evangelios podamos comprender en toda su extensión el significado de las palabras y los hechos que allí se narran y sus estructuras profundas. Para ello es necesario poseer las claves de interpretación de la realidad, los códigos que permiten descifrar el texto y el contexto de un ser humano que vive inserto en una sociedad que tiene una historia, unos valores, unas normas de conducta, una situación vital, en fin, que no es la nuestra. Como una especie de ley de gravedad humana, tendemos a comprender todo lo que vemos con nuestros códigos; no podemos hacerlo de otra manera. Pero, de igual forma que los historiadores nos presentan las circunstancias de cualquier hecho interpretadas desde sus propios parámetros, nosotros queremos ir a Jesús de Nazaret y comprenderlo desde sus propias claves. Queremos saber qué entendían los que escuchaban decir a Jesús: «El reino de Dios se parece a un hombre que tenía dos hijos». O «devolved al César lo que es del César». Estas palabras no significan lo mismo entonces que ahora, por eso debemos rastrear los códigos de interpretación de entonces, ponernos, como suelo decir a mis alumnos, las orejas del siglo I para entender a hombres del siglo I.

Aquel primer libro sobre Jesús se centraba en la búsqueda histórica, en el análisis cultural y en la asunción que hicieron las primeras comunidades de aquella propuesta. Esta vez tengo otra pretensión. Sin perder de vista lo que allí se mostraba, ahora pretendo contar a Jesús desde su proyecto vital más íntimo, el Reino de Dios; aunque no se trata de hacer un mero análisis de lo que significa este Reino, sino de mostrar las consecuencias en la vida de la gente de entonces. La consecuencia fundamental es una revolución, por eso lo he titulado *La revolución de Jesús*. Es una revolución que tiene tres

niveles: el personal, el social y el trascendente, entendiendo trascendencia como lo que va más allá del aquí y ahora, lo que va más allá de mi contexto y mi grupo. Esta revolución supone comprender la persona de Jesús, su origen, su historia, la historia de su pueblo, el contexto social, económico y político donde va forjando su conciencia. Este será el contenido del primero de los capítulos, «Los códigos de un revolucionario». Tras esto podemos entender cómo Jesús va encontrando su camino con Juan el Bautista; esto le permite perfilar su proyecto vital, proyecto que se inicia definitivamente con el bautismo en el Jordán y las tentaciones en el desierto. Es el segundo capítulo: «La búsqueda del proyecto».

A partir de estos dos primeros capítulos, en los que nos centramos en la persona de Jesús y sus circunstancias, desgranaremos a lo largo de cuatro capítulos más el sentido de la revolución de Jesús. Tras empezar consigo mismo y su familia, esta revolución se extiende al pueblo, y eso tiene consecuencias. No he organizado el material por el orden que aparece en los evangelios. Por ejemplo, Marcos comienza directamente con los milagros, mientras que Mateo lo hace con las bienaventuranzas y la nueva ley, para seguir después con los milagros. Lucas sigue a Marcos en su estructura y Juan pone en primer lugar el enfrentamiento con el poder religioso en el episodio del Templo. Cada autor tiene su teología, y por eso organiza los materiales recibidos en función de esa visión de la vida de Jesús. No olvidemos que los evangelios se escribieron en el 70 (Mc), el 85 (Mt), el 90 (Lc) y el 100 (Jn): han pasado más de cuarenta años entre los hechos narrados y la narración, y cada redactor tiene unas circunstancias precisas a las que quiere responder.

En esta obra he organizado el material según el orden que me parece más interesante para exponer esta revolución de

Jesús. He elegido empezar con el enfrentamiento con el poder, como hace Juan, pero ampliándolo al poder político y económico. Es el capítulo tercero: «Disputando por el Reino». Creo que se comprende mejor el resto cuando toda la vida de Jesús se mira desde el prisma del enfrentamiento, un enfrentamiento que llega a la ejecución. De esta manera pisamos suelo histórico firme, pues la crucifixión de Jesús es el hecho que menos controversia puede ocasionar en la vida de Jesús y la clave hermenéutica de su vida. Tras el enfrentamiento vendrán las disputas propiamente dichas. Se trata de las disputas sobre la interpretación de la Ley y sobre la relación con el dominio romano, dos temas fundamentales para comprender que la acción de Jesús es revolucionaria, no se limita a un aspecto de la sociedad, sino que afecta a todos sus ámbitos.

Para poner en práctica esta revolución es necesario transformar la mentalidad de los que escuchan a Jesús, de ahí que utilice unos instrumentos de transformación social tan poderosos como las parábolas. Mediante ellas consigue romper el modo de ver y pensar de sus oyentes y posibilitar así que accedan a otra forma de ver el mundo. Las palabras de Jesús consiguen que el Reino de Dios se visualice en sus mentes, que lo vean como posible, pues, si algo no es posible en el pensamiento y el corazón, no lo será en la realidad. Este es el tema del cuarto capítulo, «Hacer cosas con palabras». Ahora bien, no es suficiente con transformar las mentes y los corazones, hay que dar esperanza, hay que mostrar que no es una quimera, sino que se puede hacer, que es posible el Reino de Dios; esto lo hace mediante «Acciones que hablan», que supone el quinto capítulo. Se trata de los tradicionales milagros de Jesús, tan presentes que podemos darle el título de taumaturgo. Jesús sanaba a la gente, eso está presente en los cuatro evangelios y ha quedado como una marca indele-

ble de su persona. Mediante estas acciones, Jesús muestra que el Reino ya está entre el pueblo, que ya sí lo pueden vivir, aunque no definitivamente. Las acciones de Jesús, individuales, colectivas o sociales, pretenden implantar el Reino entre los pobres.

El último capítulo está dedicado a las consecuencias de esta revolución tras la ejecución de Jesús: «El último acto de Jesús: la revolución debe continuar». Jesús fue ajusticiado por el Imperio romano por propagar un reino distinto al del César, la inscripción en la cruz así lo atestigua; pero su ejecución, que supondrá el final para muchos de los varones que le seguían, no lo fue para las mujeres. Las mujeres organizaron el rito del duelo, y en este rito recobraron la vida entera de Jesús. De los banquetes funerarios en recuerdo del fallecido nacen las historias y relatos que configurarán la tradición. Las mujeres están presentes tanto en la ejecución como ante la tumba vacía y son las primeras en encontrarse con el Resucitado. Ellas son las que darán inicio al nuevo proyecto del Reino de Dios tras la ejecución de Jesús. Porque la revolución debía continuar, era necesario que adviniera la Iglesia en cuanto organización comunitaria de este proyecto revolucionario. La revolución de Jesús implica a la Iglesia de todos los tiempos como sujeto revolucionario. Si no lo es, entonces estará traicionando el proyecto de Jesús, el Reino de Dios.

* * *

Los lectores que comienzan aquí el camino de lectura podrán ver que está estructurado de forma equilibrada. Descontando la introducción y la conclusión, cada capítulo está dividido en tres epígrafes que desarrollan el tema propuesto de forma progresiva. Así, el primer epígrafe de cada capítulo es introductorio a la temática genérica, el segundo es el nú-

cleo del tema y el tercero es una conclusión que abre paso al siguiente capítulo. Cada epígrafe se subdivide a su vez en tres subepígrafes, que reproducen la misma estructura que hemos comentado. Como verá el lector, la preocupación de quien escribe es facilitar al máximo el proceso de lectura, evitando un lenguaje artificioso o académico, por eso he reducido al mínimo las citas y he usado el método APA de cita, con la cita entre paréntesis donde se consigna el apellido, el año y la página de la obra que está referenciada en la bibliografía. Creo que esta forma de citar aligera el texto y lo limpia de digresiones que pueden ser útiles para el erudito, pero que nada aportan al objetivo del libro.

También he tenido en cuenta las dimensiones del libro como deferencia al lector. Todavía hoy, para muchos, la calidad de un libro se mide por el peso, como si la calidad tuviera algo que ver con la cantidad. O, como dicen en mi pueblo, como si la velocidad tuviera algo que ver con el tocino. Por eso, desde que comencé la redacción me propuse que cada capítulo tuviera medidas las páginas (unas once mil palabras por capítulo), lo que llevaba a que cada subepígrafe no debiera sobrepasar las dos páginas de redacción, entre mil y mil quinientas palabras. Esta cantidad me la impuse a modo de corsé: lo que no cupiera en mil palabras no merecía la pena decirlo; salvo en contadas ocasiones no he roto el corsé, y eso creo que ha ayudado a que el libro sea de lectura ágil.

Si el lector quiere profundizar en cualquiera de los temas, no tiene más que recurrir a la bibliografía de la obra o buscar en Internet, que se ha convertido en una herramienta que con sabio uso puede ser de gran ayuda. También puede el lector ponerse en contacto conmigo. La Red le proporciona varios medios. Bastará con introducir mi nombre completo en el buscador para que aparezca inmediatamente mi blog,

donde gustosamente responderé a cuantas cuestiones surjan al lector. También tiene mi dirección de Twitter para plantear dudas o consultas. Nos vemos en las redes o donde la revolución de Jesús nos lleve. Cada cual tendrá que ponerla en práctica en su vida, en su familia, en su comunidad o iglesia, en la sociedad. Poner en práctica el proyecto de Jesús, el Reino de Dios, es ser verdadero seguidor de Jesús, verdadero cristiano. Y, si no se es cristiano, llevar a cabo esta revolución es la única manera de asegurar la humanidad en el futuro.

LOS CÓDIGOS DE UN REVOLUCIONARIO

Hemos dicho que entender a un ser humano cualquiera supone estar en posesión de los códigos que lo interpretan, más aún si este hombre vivió en un lugar y un tiempo completamente ajenos al nuestro. Es el caso de Jesús de Nazaret. Habitualmente creemos saber mucho de él, quizá por películas, y ahora por documentales que reflejan la vida de Jesús. Sin embargo, necesitamos tener ciertas claves, no solo conocimientos de su vida, para comprenderlo de verdad. Entonces, ante nosotros tendremos no solo al Jesús histórico, sino al Jesús de carne y hueso, aquel que, como decía Renan, pisó los caminos de Galilea. Es un ejercicio de reconstrucción al que nos permiten acceder las ciencias actuales, desde la historia general pasando por la antropología cultural y también la historia económica y social. Muchas son las investigaciones al respecto y de todas ellas me he servido para dar esta imagen completa de una figura histórica excepcional que cambió la historia de la humanidad.

No fue casual ni la decisión de un supuesto destino que Jesús fuera un revolucionario. Lo fue por nacer en un contexto muy preciso, en un lugar específico, en un tiempo concreto en el que se daban unas circunstancias que, unidas a la tradición del pueblo hebreo, tenían que dar lugar a un ser tan excepcional como Jesús. Su vida en Nazaret, su trabajo con su padre en Séforis, su aprendizaje de la tradición, su contacto con la situación de miseria del pueblo, lo llevarán a realizar

su propuesta; de ahí que necesitemos descubrir estas realidades para comprender a Jesús. Lo hacemos en tres momentos. En el primero nos acercamos al lugar y el tiempo de su nacimiento, cómo esto configura a una persona desde fuera. Al fin, decía Freud, un hombre es más hijo de su tiempo que de su padre. Después veremos la genealogía de un revolucionario, para profundizar en la historia del pueblo, los relatos de Mateo y Lucas donde se nos cuenta su nacimiento y la importancia de la tradición exodal y profética. Por último analizaremos la historia social de la antigüedad, especialmente en el Imperio romano, y muy significativamente en Galilea. Con esto creo que se habrá puesto la base para comprender a Jesús como un revolucionario. Todo lo que haga y diga después tendrá ahí su germen y su explicación. Este contexto inicial es como la obertura de toda la obra posterior. En él está contenido, en resumen, todo lo que después se expresará a lo largo de su vida hasta su muerte.

En este capítulo trataremos de situar a Jesús en su circunstancia histórica, social y cultural, de modo que se delimite claramente cómo se construye el proyecto revolucionario de Jesús. Hay que hacerlo para poder comprender qué significan las palabras de Jesús: *Dichosos los pobres y jay de vosotros, los ricos!*

1. El lugar y el tiempo de un ser humano

Lugar y tiempo son los primeros elementos que hay que tener en cuenta para comprender a cualquier ser humano. Veremos que Galilea –dentro de una Palestina sometida al Imperio romano– presenta las características definitivas que explican el proceso de creación de la persona de Jesús. Por supuesto, con el trasfondo de la tradición judía, pero con el

peso de las circunstancias familiares y sociales que le toca vivir. Que Jesús perteneciera al estrato social de los artesanos, que hubiera de ir a trabajar a Séforis como albañil junto a su padre, que perdieran las tierras por el endeudamiento, que los romanos impusieran su ley sin conmiseración, no son elementos externos a su personalidad. Tampoco la posible bastardía de Jesús y su relación con un legionario romano llamado Pantera.

a) Galilea, 6 a. C. - Jerusalén, 30 d. C.

En el mundo actual, todos conocen el día de su nacimiento. Miles de fotos y vídeos componen la memoria gráfica de cualquier niño nacido en los países que nos rodean desde que la era digital se impuso como modo de vida. Mucho antes, por motivos relacionados con la seguridad de los Estados, se impuso el control sobre los nacimientos y defunciones. En los imperios era una manera de controlar los impuestos. Hoy es una forma de entendernos como miembros de una nación. En la época de Jesús, en el Mediterráneo antiguo, no existía ninguna tradición para recordar la fecha de nacimiento, por eso no está especificado en los evangelios. Se nos dan datos relativos al momento, y de ahí debemos sacar la información. Lo que es evidente es que Jesús no nació en el año 1 de nuestra era; eso fue un error de cálculo del monje Dionisio el Exiguo, que en el siglo VI sacó la cuenta hacia atrás de la posible fecha del nacimiento de Jesús para situar el comienzo de la era cristiana. Teniendo en cuenta los medios, es un error muy pequeño.

Jesús, según los datos de la mayoría de exegetas, hubo de nacer poco antes del año 4 a. C. (Meier, 1997a, 382-383; Sanders, 2001, 28). Probablemente en el año 6. El relato de la

muerte de los inocentes presupone que Jesús tendría unos dos años o menos cuando Herodes quiso acabar con él. Aunque es un texto redaccional, no es imposible que aquel evento sucediera; Herodes el Grande no era una hermanita de la caridad, precisamente (Pikaza, 2015, 557-558). Su reinado había sido muy largo y eran muchos los enemigos que se había granjeado, tanto externos como internos. El hecho de gobernar bajo el poder de los romanos no era el menos importante. Por tanto, Jesús nace seis años antes de Cristo, lo cual no deja de ser un dato interesante para elaborar una desconstrucción de la cristología, tema que se nos escapa ahora, pero que abordaremos en otra ocasión.

Nace en Galilea, región periférica de Palestina que siempre había sido considerada una zona de gentiles, y por ello religiosamente ambigua. Ya en la época asmonea, con el rey Aristóbulo I (104-103 a. C.), se hizo una anexión al nuevo reino de Israel, que necesitó de una repoblación judía de la zona, pues sus habitantes no lo eran y se pretendía judaizar todo Israel (González Echegaray, 2000, 43-45). Es más que probable que la familia de Jesús, de ser cierta la base del relato del nacimiento en Belén, fuera llevada desde Belén hasta Nazaret para la repoblación, asignándole tierras para el cultivo. Galilea era una zona muy rica en producción, tanto en lo referente a las tierras de cultivo como al mar de Galilea, el lago Genesaret. Por eso, cuando llegó el reinado de Herodes el Grande, bajo la dominación romana, se creó una poderosa clase rentista que extraía el producto de la tierra mediante la explotación de la población como aparceros o como mano de obra semiesclava directamente. Los niveles de explotación fueron tan altos que la población rural se sublevó contra la élite ciudadana helenizada asentada en Séforis, tomó la ciudad y destruyó las tablas de deudas. Esto provocó la intervención de Roma: Quintilio Varo arrasó la ciudad en el año 4 a. C.

(González Echegaray, 2000, 129). Herodes Antipas, que se sentía más seguro con una ciudad de población helenista, la reconstruyó en la segunda década de la era cristiana. Jesús y su padre fueron a trabajar allí como albañiles, pues solo estaba seis kilómetros de Nazaret.

En el otro extremo de la vida de Jesús tenemos el dato de que fue ajusticiado en Jerusalén. Su ejecución se produjo en el mes de Nisán, durante la celebración de la Pascua judía. Esto nos permite centrar la muerte entre marzo y abril, pero no podemos precisar más. Sin embargo, existen datos que nos permiten acercarnos más a la fecha definitiva. Sabemos que murió bajo Poncio Pilato, y que este fue gobernador de Palestina entre el 26 y el 36 d. C. Este arco temporal es totalmente seguro, pues lo sabemos por fuentes romanas. Por tanto, Jesús hubo de comenzar su actividad pública después del 26 y morir antes del 36. Pero es posible precisar más, pues Lc 3,1-2 nos dice que la predicación de Jesús comienza el año quince del emperador Tiberio. Eso puede ser el 28 o el 29 d. C., dependiendo de cuándo se cuente el primer año de Tiberio. Contando un año de actividad pública, como supone Marcos, o dos años, como presupone el evangelio de Juan, la muerte debe producirse el año 30, que es precisamente cuando el 15 de Nisán cae en la luna llena de primavera. La conclusión de Meier, al que sigo en todos estos datos, es que Jesús fue crucificado el 7 de abril del año 30 (Meier, 1997a, 409).

En la ejecución de Jesús participaron tanto el poder romano como el poder judío, pero no «todo el pueblo judío», que, supuestamente, aclamaría la muerte solicitando que recayera sobre él las consecuencias. Y bien sabemos cuáles fueron las *consecuencias* que cayeron sobre el pueblo judío. Los textos que tenemos ahí corresponden a la redacción muy posterior de los evangelistas, que intentan que el cristia-

nismo se abra paso en el Imperio y hacen recaer la culpabilidad sobre los judíos. Pero es un hecho incontrovertible que, en el Imperio, Roma era la única que podía ejecutar en la cruz mediante la *mors agravata*. Cosa distinta es que los jefes del pueblo, los saduceos y el sumo sacerdote, pretendieran la muerte de Jesús para eliminar a un adversario peligroso, pero no puede culparse de la muerte a todo el pueblo. Es más, los mismos evangelios recuerdan que no podían atraparlo de día por miedo a la reacción de la multitud. Es decir, se presupone que Jesús es querido por el pueblo. Son los poderosos los que lo odian, porque su discurso y su acción están orientados a favor del pueblo y contra los poderosos.

Por otro lado, los romanos utilizaban la cruz únicamente para lo que ellos llamaban «bandidos». Este término tiene un significado muy específico. Son los salteadores de caminos, bandas que se unen para robar y saquear. En el mundo antiguo, los bandidos eran personas que habían perdido todo y no les quedaba otra que echarse al monte y organizarse para resistir contra la opresión de los poderosos (Hobsbawm, 2001, 19-31). Los romanos aplicaban este término a todo aquel que se enfrentara a su imperio, por los medios que fueran. Es lo mismo que hacen hoy con el término «terrorista»: es aplicado a todo aquel al que se quiere desprestigiar socialmente y aplicarle las máximas penas. Si los romanos crucificaron a Jesús fue porque lo consideraron un subversivo político que pretendía destruir el Imperio. La pretensión de Jesús de ser rey y su predicación del Reino de Dios chocaban frontalmente con el único rey del Imperio, el César, y con el único reino, el Imperio romano. Que fuera crucificado entre dos bandidos refuerza esta idea. Jesús fue tenido por subversivo y así fue ajusticiado. La crucifixión se ha convertido en los últimos años en el criterio exegético fundamental para determinar qué es histórico en los evangelios y qué re-

daccional. Los discípulos no pudieron inventar este hecho, y tampoco lo pudieron ocultar. Es más, si sabemos con certeza que existió Jesús es porque fue crucificado por el Imperio romano en tiempos de Poncio Pilato. Todo se sustenta en esto en el nivel histórico.

b) Dos brazos para trabajar

Hemos comentado anteriormente que es muy posible que la familia de Jesús proceda de la repoblación asmonea de principios del siglo I a. C. Esta familia provendría de Belén, como nos recuerda la tradición del nacimiento que tenemos en el evangelio de Mateo. Los asmoneos tenían la intención de rejudaizar todas las zonas que estuvieran habitadas por gentiles, por no judíos, de ahí su interés por *depurar* el territorio introduciendo población judía. Sin embargo, no desapareció la población gentil, y a los de Galilea se les notaba el acento, como nos recuerda el evangelio de Mateo (26,73). Se trata, por tanto, de una población diferenciada del resto del pueblo judío. Una población que está en el límite de lo que se considera como judío por los judíos de Jerusalén. Aunque la tradición de Jesús es netamente judía, la consideración de los jefes de Jerusalén será de sospecha ante él. Nada más que el hecho de su origen ya marca a Jesús.

Pero hay un elemento fundamental para comprender quién es Jesús. El hecho de ser calificado como *tekton* en el evangelio (Mc 6,3 y Mt 13,55) nos da la cualificación del estrato social al que pertenece. Al contrario de las interpretaciones al uso, incluso contra lo que nuestra percepción actual nos puede indicar, un *tekton* no es un carpintero tal como hoy lo entendemos. Meier (2002, 289 y 291) ha querido verlo como una especie de ebanista de clase media americana,

pero esto no tiene nada que ver con lo que nos dice el análisis de las circunstancias. Si analizamos el significado del término, es obrero de la construcción (Balz/Schneider, 1998b, 1795), derivado de su significado originario de «techo» o «casa». En el contexto de la Galilea de Jesús debe aplicarse a aquellos que participaban en la construcción de casas, en la que intervenían tanto la albañilería como la carpintería propiamente. Jesús y su padre habrían formado parte de este grupo de artesanos que debían trabajar para ganarse el sustento (Pérez Andreo, 2013a, 419).

Es muy probable que tanto Jesús como su padre fuesen a trabajar a la cercana ciudad de Séforis, en fase de reconstrucción en aquella época. La tesis de que eran carpinteros y de que en su ciudad, así la llama Meier, podían vivir de su trabajo es bastante peregrina. Según Meier, Nazaret tenía más de dos mil habitantes (1997a, 291), pero esta hipótesis no se sustenta en los datos arqueológicos. Como demuestran Crossan y Reed (2003, 52-61) en su magnífica obra, las excavaciones no nos permiten afirmar que la Nazaret del siglo I en la que vivió Jesús fuera una pequeña ciudad de unos miles de habitantes. Al contrario, el perímetro de la excavación apenas deja lugar para unos doscientos o poco más. Allí se ha encontrado una prensa de vino, lagares para la cosecha y lo que pueden ser restos de viviendas, muy precarias, de construcción muy sencilla. Tal como lo he expuesto en otro lugar lo presento aquí:

El poblado del siglo I era bastante pequeño. Se encontraba situado en la ladera de una montaña donde se practicaba el cultivo en terrazas. Los vestigios del período romano hallados en la zona donde los arqueólogos franciscanos han trabajado permiten delimitar el territorio. Al este, oeste y sur se han encontrado enterramientos subterráneos tallados al estilo típicamente judío, en suelo de caliza blanda [...] tales

sepulturas indicarían el límite del pueblo. Probablemente tuviera unos 600 m de longitud y unos 200 de ancho, por lo que difícilmente albergaría más de cuatrocientos habitantes (Pérez Andreo, 2013b, 1774).

Las dimensiones y los restos encontrados en el estrato del siglo I nos hablan de un lugar pequeño y pobre de gente muy sencilla que podía vivir de sus campos. Es probable que toda la población de Nazaret esté emparentada, o como mucho que fueran dos o tres familias extensas. Esto no permite suponer, como hace Meier, que Jesús y su padre pudieran ganarse la vida en el pueblo como unos ebanistas de clase media. Ni Nazaret daba para eso ni en aquella época había clase media, como veremos después.

Por tanto, lo más probable, según lo que conocemos por la historia y por la arqueología, es que tanto Jesús como su padre fuesen a vender su mano de obra a Séforis, que estaba aún en reconstrucción por parte de Herodes Antipas. Entre Nazaret y Séforis se podía salvar la distancia a pie en una hora. Jesús y su padre saldrían bien de mañana para ir a trabajar y volver al anochecer. Allí podrían trabajar en cualquiera de los edificios que han dejado al descubierto las excavaciones, que nos dan unas 20 hectáreas de extensión de la ciudad. Como ciudad helenista contaba con un teatro con capacidad para 4.500 espectadores. Hay calles porticadas, baños y otros edificios públicos, así como casas amplias y tiendas adyacentes. Se trata de una ciudad construida para la gloria de Herodes Antipas y de Roma. Allí pasó gran parte de su juventud Jesús trabajando, primero con su padre y después solo, al morir este. Jesús formó allí parte importante de su forma de pensar y expresarse, como comenta González Echegaray (2000, 136), pero nada de ello se conserva; solo conservamos los dichos de Jesús que hacen referencia a es-

estructuras helenísticas de pensamiento que Jesús critica. Que los evangelios no citen ni una sola vez Séforis «obedece a un criterio de carácter ideológico, que aconseja omitir los nombres de las grandes ciudades helenísticas al presentar la predicación y actuación de Jesucristo» (González Echegaray, 2000, 136-137).

Para comprender mejor qué significa que Jesús fuera *tekton* debemos investigar la estratificación social en el mundo antiguo, de lo contrario caemos otra vez en confundir lo que nosotros conocemos de cómo funciona el mundo con el funcionamiento del mundo antiguo, como le pasa a Meier. Para evitar esto nos vamos a servir del investigador Gerhard Lenski. Su propuesta cuenta con un análisis pormenorizado del mundo antiguo, estableciendo el modo de comprenderlo según la tríada poder-prestigio-privilegio. Esta tríada explica la organización social del mundo antiguo y la forma en que las personas se comprendían a sí mismas. Dos grupos sociales bien diferenciados surgen de esta comprensión: de un lado, los que poseen la tríada, del otro, los que no tienen nada de esto.

En la cúspide del poder, el prestigio y el privilegio estaba el gobernante y la clase gobernante. Lenski los separa, porque entre el gobernante y el resto existe casi un abismo. Él es la sede de todo el poder, todo el prestigio y todo el privilegio. En el caso de Roma es el emperador; en otras sociedades podía ser el faraón o cualquier otro. Entre el gobernante y la clase gobernante, por un lado, y el resto de la sociedad, por otro, ya sí que se abría un abismo, pues debajo de ellos nadie poseía nada de la tríada, sino que podían compartir algo por sumisión a la clase gobernante. Este grupo lo componía un escaso 5 % de la población. Debajo, en una gradación descendente, estaban los servidores de la clase gobernante y los sacerdotes; junto a ellos, los comerciantes. Estos estratos dis-

frutaban de cercanía a la clase gobernante, de ahí que tuvieran participación en el prestigio y los privilegios. Más abajo estaban los campesinos, entendiendo por tales aquellos que poseían las tierras que trabajaban, aunque también los había que las trabajaban en régimen de arriendo o como colonos. Estos no poseían nada de la tríada. Y debajo de estos estaban los artesanos. Más abajo aún los impuros y degradados, y, por último, los prescindibles, que podían llegar a ser entre un 5 % y un 15 %, según el año y las cosechas (Lenski, 1993, 222-300).

¿Dónde se encuentra aquí Jesús? Para Lenski es claro que en la clase de los artesanos, justo por debajo de los campesinos y por encima de los impuros y degradados. Se trata de una clase social de pequeñas dimensiones, no más del 10 % de la población, porque normalmente se degradaba hasta caer al siguiente estrato. Se llega ahí por haber perdido las tierras que le servían de sustento al tener que endeudarse. La deuda no pagada conlleva la pérdida de la tierra y tener que dedicarse a vender su fuerza laboral para la construcción. Es el caso evidente de Jesús y su familia. Es muy probable que aquella familia venida con la repoblación asmeona contara con tierras en un primer momento. La llegada de Herodes supondría un aumento de la presión fiscal, que luego explicaremos, para recaudar los impuestos necesarios para sostener a Herodes y pagar a Roma. Esto llevaría a la precarización de los medios de vida de muchas familias, que tendrían que endeudarse y, al no poder pagar la deuda, perderían las tierras y caerían en la jerarquía social al estrato de *tekton*, artesano. O bien, como sucedió con algunos, se echarían al monte como bandidos. El caso de la familia de Jesús fue hacerse artesanos y trabajar en la reconstrucción de Séforis, porque un pueblo de doscientos o cuatrocientos habitantes no da para una familia de artesanos, al menos no da para sobrevivir.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	7
1. LOS CÓDIGOS DE UN REVOLUCIONARIO	15
1. El lugar y el tiempo de un ser humano	16
a) Galilea, 6 a. C. - Jerusalén, 30 d. C.	17
b) Dos brazos para trabajar	21
c) Bajo el Imperio romano	26
2. Genealogía de un revolucionario	30
a) Una vida amenazada	30
b) Derriba del trono a los poderosos	35
c) Un destino familiar	38
3. En deuda, historia de una sociedad	41
a) Una historia de privilegios	42
b) La estructura de la deuda	45
c) Perdona nuestras deudas	49
2. LA BÚSQUEDA DEL PROYECTO	55
1. En la escuela del Bautista	56
a) El hacha está tocando el árbol	58
b) La cabeza en una bandeja	62
c) La Buena Noticia	66
2. Las tentaciones de un revolucionario	71
a) Satán y los poderes de este mundo	72
b) Pactar con el mal	75
c) La última tentación: fundar una Iglesia	79
3. Hacia el proyecto: enfrentamiento con el poder ...	83
a) El Templo, una higuera que no da fruto	85

b) Los ricos, el camello y la aguja	90
c) Significado del Reino-reinado de Dios	92
3. DISPUTANDO POR EL REINO	99
1. Oposición a las tradiciones	100
a) Pero yo os digo	101
b) Blasfemias por el Reino	106
c) Contra la familia patriarcal	108
2. A Dios lo que es de Dios	112
a) Tributos y tasas	112
b) Contra la codicia	115
c) Devolvédsele al César	117
3. Un Reino de indeseables	121
a) Los niños y los últimos	123
b) Los eunucos	126
c) Prostitutas y publicanos	131
4. HACER COSAS CON PALABRAS	135
1. Romper la estructura mental	137
a) La cárcel del pensamiento	138
b) Un mundo por descubrir	141
c) El Reino se parece a... vosotros	143
2. Recreando la realidad	148
a) Sembrando el Reino con palabras	149
b) La estructura simbólica del Reino	151
c) Los frutos del Reino: otro mundo es posible	155
3. ¿Qué otro mundo es posible?	158
a) Un mundo sin reyes	159
b) Una familia sin padre	161
c) Un mundo de hermanos	165
5. ACCIONES QUE HABLAN	171
1. Comer juntos	173

a) Un mundo de carencias y opulencia	174
b) El banquete de Jesús	178
c) El Reino de Dios es una mesa compartida	181
2. Curar y sanar el mal	185
a) De los milagros a las acciones poderosas	185
b) Curar la enfermedad y sanar el mal social	188
c) Los milagros como actos políticos y de resistencia	191
3. Liberar del diablo	193
a) Un mundo lleno de demonios	194
b) Exorcismos que liberan	198
c) Expulsando al Imperio	201
6. EL ÚLTIMO ACTO DE JESÚS: LA REVOLUCIÓN DEBE CONTINUAR	207
1. Ajusticiado entre bandidos	208
a) El complot	210
b) Por qué matan a Jesús	213
c) Como un bandido	216
2. El duelo que da nueva vida	219
a) El duelo de las mujeres	220
b) ¿Camino de Emaús?	222
c) Galilea otra vez	224
3. La revolución debe continuar	228
a) Una antiteología imperial	229
b) Comunidades de resistencia	233
c) La comunidad del Reino, la Iglesia	237
CONCLUSIÓN. LA REVOLUCIÓN DEL REINO DE DIOS	241
BIBLIOGRAFÍA	249